

El trabajo “intermitente” invade El Alto

La dinámica excluyente de la precariedad: trabajos cortos, alternancia de situaciones laborales de empleo y no-empleo, nomadismo laboral, predominio de lo itinerante, trayectorias azarosas, movilidad de vértigo, disponibilidad insultante, arbitrariedad empresarial renovada, incertidumbre laboral *normativizada*... configuran a El Alto como una sociedad urbana en riesgo, agravada por la actual política económica que no genera nuevos y mejores empleos.



Germán Guaygua

El Alto es una ciudad en permanente emergencia. Urbe agitada –con desordenado crecimiento– acoge a gran parte de los movimientos migratorios del departamento de La Paz y está caracterizada por frecuentes movilizaciones que buscan la satisfacción a sus demandas vecinales, sociales y territoriales. Esta realidad –de múltiples necesidades en gran parte de la población y enmarcada en un contexto de aplicación de medidas de ‘ajuste estructural’ y reformas estatales que modificaron, de forma profunda, las condiciones de vida y trabajo– exige ser estudiada.

Dentro de este escenario ¿qué significa hoy tener empleo en la urbe *alteña*? ¿Es una aspiración contar con empleo o un designio familiar que permite enfrentar el empobrecimiento de los hogares? Ante estas condiciones laborales ¿qué tipo de estrategias adoptan las familias? ¿Cuáles son los valores y normas sociales en las que se asienta el empleo en estos tiempos de flexibilización y precariedad laboral? ¿Qué significa el desempleo, cuando tener un empleo hoy es sinónimo de inestabilidad, condiciones laborales inadecuadas, desprotección y bajos salarios? ¿Cuál es la magnitud del subempleo?

Estas son algunas preguntas que se plantean ante

el cuadro real de la ciudad más joven del país y que urge estudiar y, sobre todo, responder –con base en la información estadística disponible– a uno de sus mayores retos: la situación del empleo.

Discontinuidad laboral

Una de las características principales del mercado laboral de El Alto es la discontinuidad del trabajo, es decir, el trabajador encuentra esporádicamente alguna actividad remunerada por periodos cortos que reflejan el reemplazo de puestos de trabajo estables por “mano de obra flexible”, o también la sustitución de la seguridad laboral por “contratos renovables”, empleos temporales y contrataciones incidentales de mano de obra, sin duda es una hipótesis muy palpable.

Las formas de trabajo identificadas presentan facetas disímiles. Por un lado, los trabajadores *alteños* declaran tener “empleo permanente”, aunque el sentido de esta permanencia sea considerar como trabajo permanente a empleos eventuales relativamente continuos en el tiempo o a los que el empresario determina como empleo estable, cuando en realidad está sujeto a las decisiones de los empleadores la cesación del contrato en cualquier momento. En otras palabras, se perciben modos diferentes de concebir el trabajo por parte de los trabajadores y de los empleadores.

Las estrategias familiares

Un protagonista principal de los mercados laborales es, sin duda, la familia como unidad económica generadora de empleo y contribuyente de mayor número de trabajadores en calidad de asalariados. La participación creciente de miembros de la familia en el mercado laboral constituye una de las estrategias que adoptan los hogares *alteños* para contrarrestar las condiciones adversas.

¿Quiénes ingresan al mercado laboral? En términos generales, son las mujeres y los hijos(as). Una primera constatación evidencia que la declinación de la participación de los jóvenes en el caso *alteño* pondría en cuestión la hipótesis general referida a una mayor y sostenida inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo en la década de los años ‘90, tal como es asumido –por algunas investigaciones en Bolivia y América Latina– al estudiar el comportamiento de la fuerza de trabajo juvenil.

En el caso de la juventud *alteña*, las tasas de desocupación duplican las del total de la población, sus tasas de actividad tienden a disminuir levemente y las tasas de empleo han registrado importante caída. En estas circunstancias –y frente al incremento de la oferta educativa– parece lógico suponer que los jóvenes prefieran prolongar su educación; por tanto, al interior del hogar se privilegia la entrada en el mercado de trabajo de las mujeres adultas.

Sin duda, la participación de las mujeres en el mercado laboral *alteño*, modifica, de manera substancial, el concepto de “hombre proveedor” en el contexto de economías domésticas en las que las mujeres juegan un papel, cada vez más importante.

La desocupación de los varones y, en general, la escasez de ingresos en el hogar han actuado como motor del ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo. El hecho de aceptar condiciones de trabajo y de ingresos menores que los hombres, puede haber facilitado la sustitución de empleo masculino por empleo femenino, si bien éste

brusco descenso en la generación de empleos invita a pensar sobre los factores que habrían ocasionado este comportamiento, los mismos que probablemente guarden relación con el proceso de saturación que vive el comercio informal urbano en los últimos cinco años de la década del 90. Sin embargo, es muy difícil señalar si esta tendencia se mantenga en los próximos años, si se considera el comportamiento cambiante mostrado por esta actividad y las sombrías posibilidades de generación de empleos distintos.

Los obreros *alteños* son, por así decirlo, peculiares, pues –en números redondos– 70 de cada 100 trabajan en unidades económicas familiares y semiempresariales, donde las condiciones de trabajo no son óptimas y las posibilidades de organización limitadas debido al personal reducido y disperso que labora en estos establecimientos.

Flexibilidad y precariedad

Las características del empleo se han modificado, de forma substancial, por el aumento de formas atípicas de ocupación. Éstas consisten, sobre todo, la limitación explícita de la duración del contrato –bajo dos fórmulas principales: la interinidad y el contrato laboral temporal–, la preponderancia del contrato a tiempo parcial, así como la renovación y extensión de las formas de aprendizaje con hibridación de formación y empleo.

La extensión de las jornadas laborales, el incremento permanente de la población que trabaja más de 60 horas semanales, la reducción de la antigüedad laboral y de los ingresos por debajo del salario mínimo nacional... son señales de la constitución de una sociedad en riesgo, en la que la inseguridad laboral es una de sus facetas más importantes. El cuadro muestra la estructuración de una ciudad cuya fuerza laboral viene sufriendo el deterioro paulatino en sus condiciones de vida y laborales y, por ende, un proceso de violencia sistémica que niega a las personas el derecho a un trabajo digno.

La inseguridad laboral reinante en los mercados de trabajo en los que están insertos los *alteños*, conduce a pensar en la configuración de una sociedad urbana en riesgo o una sociedad insegura por la paulatina irradiación de una cultura del miedo y la inseguridad en la población, al ver frustradas sus esperanzas de conseguir empleo y generar condiciones económicas para la subsistencia.

Con mayor frecuencia, y cada vez más trabajadores, ingresan en la dinámica excluyente de la precariedad: trabajos cortos, alternancia de situaciones laborales de empleo y no-empleo, nomadismo laboral, predominio de lo itinerante, trayectorias azarosas, movilidad de vértigo, disponibilidad insultante, arbitrariedad empresarial renovada, incertidumbre laboral *normativizada* y futuro inexistente ■

Un protagonista principal de los mercados laborales es, sin duda, la familia como unidad económica generadora de empleo y contribuyente de mayor número de trabajadores en calidad de asalariados. La participación creciente de miembros de la familia en el mercado laboral constituye una de las estrategias que adoptan los hogares *alteños* para contrarrestar las condiciones adversas.

Resurgimiento del trabajo asalariado

Es importante destacar el resurgimiento del trabajo asalariado como fuente principal de ingresos y de reestructuración de la condición obrera en un contexto neoliberal, en el que la flexibilización laboral viene modificando las formas de *asalariamiento* en El Alto. Este resurgimiento está centrado en formas familiares y semiempresariales de organización del trabajo y la producción, donde las condiciones laborales tienden a ser, cada vez más precarias.

Si se considera que el comercio y ramas afines constituye una de las principales ramas económicas generadoras de empleo (para el año 2000: concentró cerca de una tercera parte de la población ocupada de El Alto), el



no parece darse en los mismos puestos de trabajo, sino más bien en la creación de nichos ocupacionales en el sector servicios. Pero, a su vez, esta situación trae aparejada la posibilidad de mayor vulnerabilidad de las jefaturas de hogar femeninas.